

Asesinato en el tiempo

Tal vez esa era la misión más importante y con mayores consecuencias que se le había asignado. Terminar con el mal, mientras recién comenzaba a gestarse, antes que creciera a niveles incontenibles y sus ramificaciones fueran imposibles de controlar.

Con la secreta tecnología de salto cuántico, podía eliminar a su objetivo antes de que se convirtiera en una amenaza real y tangible, ahorrándole a la humanidad sufrimientos y víctimas innecesarias.

Aunque existía la tecnología para viajar en el tiempo y el uso de armas de energía era común, seguía prefiriendo el método clásico del rifle de francotirador, con primitivos pero efectivos proyectiles; por un extraño romanticismo, él lo consideraba un método más digno de un profesional de su nivel, en vez de los típicos láser desintegradores.

Aunque en su línea de trabajo, lo esencial era no dejar huellas rastreables, en esta misión en particular, eso no tenía mayor importancia. ¿Quién sería capaz de reconocer y menos aún de rastrear una bala hace dos mil quinientos años, en una época dónde lo más avanzado eran las lanzas y flechas?

Las coordenadas espacio temporales eran precisas y las instrucciones claras. El profeta y sus trece seguidores debían morir esa noche. Solo de esa forma sería contenida la epidemia que había estado asolando a la humanidad por veinticinco siglos.

Hace horas que el asesino había llegado al lugar señalado y había establecido su campamento; pacientemente esperó que los fanáticos se reuniesen, ubicando estratégicamente los sistemas de registro de su actividad, para presentarlo a sus superiores; como de costumbre, esta sería la única evidencia y recuerdo que quedaría de la existencia y muerte de su objetivo.

Como todas las noches, el llamado Jesús se reunió con sus discípulos para predicar su supuesta doctrina de paz y amor. En torno a una fogata, en lo alto de un cerro, él se reunió a predicarles lo que sería la causa de persecuciones, muertes, sufrimientos y pesares en el futuro.

La prédica conscientizadora comenzó como de costumbre. El maestro hablaba y los discípulos escuchaban atentos, para después esparcir sus palabras, que con los siglos se extenderían como una plaga imparabile y altamente

contagiosa. De vez en cuando uno de los trece hacía un comentario o una pregunta que el maestro contestaba con su típico tono suave y seductor.

Con el rifle apoyado sobre una roca, el francotirador fijó su mira laser sobre la frente del orador. Un suave movimiento de su dedo, acompañado de un suave chasquido, puso en vuelo el proyectil.

Sin hacer ningún ruido, el maestro cayó sobre su espalda, con un círculo rojo en el medio de su frente.

Totalmente confundidos, algunos de los discípulos se pusieron de pie mirando entorno suyo asustados, mientras que otros se arrodillaron junto al cuerpo del Mesías caído.

Las balas comenzaron a brotar rápidamente del arma. Los trece discípulos cayeron uno a uno en medio de la noche, sin entender que la historia los había condenado.

La misión estaba cumplida y el mal había sido cortado de raíz.